

Milagrosa ROMERO SAMPER, **Por qué y para qué la Historia. Los trabajos de Clío**, Madrid: Ediciones 19, 2018, 172 p., ISBN: 978-84-17280-15-4

Dentro de la variada tipología que abarca la producción académica pueden distinguirse, al menos, dos grandes modalidades. Por un lado, se encuentran aquellas investigaciones que, focalizando su atención en un aspecto bien delimitado, ofrecen un novedoso avance en ese ámbito particular de la disciplina, bien por la perspectiva adoptada, bien por internarse en un territorio apenas explorado. De otra parte, se hallan aquellos estudios de amplio espectro que, como resultado de una dilatada experiencia investigadora, aportan una síntesis significativa y ordenada acerca de un vasto campo de indagación. La obra de la profesora Romero Samper, como ya deja entrever su título, pertenece, sin duda, a este segundo grupo. Su ambicioso objetivo consiste en ofrecer no solo una visión panorámica de las principales tendencias historiográficas que cabe distinguir en la actualidad, sino en apuntar también los presupuestos teóricos que las sustentan, así como en esbozar una crítica de carácter constructivo, ante la atomización del saber histórico y las perplejidades que suscitan el vacío de sentido, el abandono de la racionalidad o la misma disolución de la historia, como elementos característicos de algunas corrientes dominantes en el discurso postmoderno.

De este modo, la monografía viene a enriquecer un campo no muy pródigo en el panorama de los estudios históricos de nuestro país, donde no

abundan las visiones de conjunto acerca de las diversas teorías de la historia o historiologías, que dan origen a escuelas, perspectivas y métodos historiográficos bien variados. Se suma, así, a la tarea realizada por algunos autores que han trabajado en esta misma dirección, actualizando, en parte, sus contribuciones. Tal es el caso de José Andrés Gallego, José Carlos Bermejo, Elena Hernández Sandoica o Gonzalo Pasamar, con cuyas investigaciones esta obra mantiene un diálogo abierto, a lo largo de su desarrollo. La pertinencia del estudio se deja ver también en el elenco de cuestiones que se derivan de su exploración, constatándose que muchas de ellas ocupan hoy un lugar destacado en el debate público de la sociedad española, más allá del ámbito de discusión propiamente académico. Así ocurre con la llamada “memoria histórica”, las diversas reescrituras de la historia llevadas a cabo desde sectores nacionalistas, la eclosión de los estudios de género o, incluso, el cuestionamiento acerca de la utilidad de la enseñanza de la historia.

No resulta en absoluto sencillo adentrarse en este enmarañado territorio, con el objetivo de clarificar conceptos y aportar una cartografía comprensible, que permita al lector hacerse cargo de cuáles son las líneas principales que cabe percibir en el actual horizonte historiográfico, dónde se localizan los puntos centrales de desacuerdo, qué ha quedado o qué se

puede rescatar del denostado historicismo, y qué orientaciones de futuro pueden reconstruir los saberes históricos, tras la deconstrucción efectuada por el “giro lingüístico”, que caracterizó a las escuelas postestructuralistas. De ahí el acierto de la organización que presenta la obra. Como un hilo de Ariadna para guiarse por tan intrincado laberinto, su discurso teje y desteje, en sucesivas acometidas, un análisis incisivo que recorre los cinco núcleos centrales, en torno a los cuales se desarrolla la tarea del historiador: quién es el sujeto de la historia, cuál es su objeto, cómo debe o puede realizarse el relato histórico, en qué consiste su función y sentido, y qué finalidades cumple en el ámbito de la enseñanza.

Antes de adentrarse en cada uno de esos apartados, se nos ofrece, a modo de preámbulo, una hermosa reconstrucción del mito de Clío. Este retorno al “tiempo original” —que diría Eliade— responde a un propósito bien deliberado, por parte de la autora. En su aparente sencillez, la narración mitológica concentra una significación de hondo calado, cuyo alcance Romero Samper desglosa en diez afirmaciones que van a marcar el despliegue de todo su estudio y que, simultáneamente, marcan una toma de postura ante el debate epistemológico que rodea a la misma concepción del saber histórico.

Clío debe ser rescatada: debe volver junto a sus hermanas las Musas, saliendo de su aislamiento; debe volver a entonar un canto comprensible y hermoso; debe aspirar a la verdad, y denunciar a los que se presentan como

inspirados, vestidos en realidad con los ropajes de la subjetividad, la parcialidad, la ideología. (21)

No es este el lugar para llevar a cabo una recopilación pormenorizada de la multitud de cuestiones que se abordan a lo largo de la obra. Sí parece oportuno, no obstante, incidir en algunos de los hallazgos más destacados que en ella se presentan. Así, en el primer apartado, se presta atención al desplazamiento experimentado por la noción de sujeto histórico en dos sentidos: de una parte, se percibe el derrumbe de una concepción que privilegiaba a las grandes colectividades o estructuras como auténticas protagonistas del devenir histórico, frente a la actual búsqueda de una posición que concilie la tensión dialéctica entre individuo y sociedad; de otra, se subraya el interés creciente en el historiador como sujeto que escribe la historia.

El segundo capítulo expone la cuestión gnoseológica, con la oposición subjetividad *vs* objetividad, como enclave central para poder comprender la crisis que se halla en el origen del surgimiento de un amplio abanico de novedosos enfoques y temas historiográficos. De manera sintética, la autora ofrece una descripción, no exenta de crítica, de algunas de estas nuevas corrientes: los estudios poscoloniales y la historia global, la historia de las minorías, la historia de género, la *deep history*, la historia actual, la historia popular, la memoria, la nueva historia política, y la nueva historia cultural. Quizás lo más reseñable de todo este amplio recorrido sea la capacidad

para aportar, de forma ceñida, las claves que las caracterizan, señalar las limitaciones que en ellas se aprecian, y rescatar, también, las aportaciones que de cada una pueden extraerse.

La tercera parte está dedicada a analizar cuál es el método propio del historiador. Aquí vuelve a salirse al paso de aquellas posturas que pretenden reducir la disciplina histórica a una pura cuestión de método. El sentido circular de toda la monografía torna, por tanto, a hacerse perceptible: el cómo solo puede derivarse del qué, no suplantarlo. Interesante resulta también cómo se examina el proceso que parte de la quiebra de las grandes “ideas organizativas”, dando origen al surgimiento de perspectivas inéditas a través de la denominada “nueva historia”. Estas, sin embargo, condujeron a una atomización que ha desembocado —al menos, en parte— en la negación del propio conocimiento histórico. El estudio recoge cómo, desde ese punto de llegada, es posible intuir una reacción que preconiza un rescate de la temporalidad, un retorno de lo real, así como la necesidad de acudir a un nuevo planteamiento epistemológico y antropológico.

Los dos últimos capítulos se presentan como una conclusión de todo este amplio trayecto, dando una respuesta razonada a las dos preguntas que plantea el título, tanto por lo que respecta al sentido último del propio quehacer histórico, como a su indispensable función en el campo de la enseñanza.

Fiel a las premisas que planteaba la autora en los primeros compases

de su estudio, y atendiendo a la relevancia de la dimensión comunicativa de la historia, señalada por Bárbara Tuchman (de quien se hace eco Romero Samper), la monografía presenta un estilo muy cuidado que sabe aunar claridad, precisión, y hasta una no oculta mordacidad en algunos de sus pasajes. Una de sus mayores virtudes tiene que ver, sin duda, con su asombrosa capacidad de síntesis y, como suele ocurrir, esta fortaleza está relacionada también con una de las pocas limitaciones que se le pueden señalar: ese carácter ceñido, que se ha autoimpuesto para no perderse por las ramas del bosque, hace que en ocasiones se eche en falta una discusión más desarrollada con algunas de las teorías a las que se critica (pienso, por ejemplo, en la posición de Hayden White y sus seguidores). Ahora bien, el lector cuenta con una amplísima bibliografía —que, lamentablemente, solo aparece recogida a pie de página—, para seguir ahondando en aquellos temas que mayor interés le susciten.

De este modo, la obra comentada aúna el doble propósito de facilitar una puesta al día sobre el debate historiográfico en la actualidad, que resulta plenamente accesible para un público no especializado; al tiempo que, por su profundidad y su extraordinario manejo de las fuentes, supone una valiosa contribución destinada a esclarecer algunos puntos fundamentales de ese mismo debate.

ÁNGEL ARIAS URRUTIA